

á centenares de alumnos que como abejas se agrupaban á libar la miel dulcísima de la sabiduría, para alimentar á los pueblos de Michoacan sedientos de libertad é independencia, de garantías y de verdadera ilustracion, y cuyos dones, para que fueran duraderos deberian estar fundados en la Santa Religion Católica, que nos habian legado nuestros mayores.

El Sr. Rector D. Angel Mariano Morales, despues obispo de Sonora y Oaxaca, es el insigne sacerdote que con su paternal solicitud dió impulso á aquel Seminario hasta el año de 1832. En esta época, de feliz memoria, fué cuando por el influjo y predileccion que siempre dispensó el Sr. Morales á nuestro humilde y pobre Sr. Peña, entró de beca de gracia á las cátedras de latinidad, bajo la direccion del presbítero ejemplar D. Apolonio Sanchez. Concluido el año de *mínimos y menores*, el Sr. Peña obtuvo uno de los primeros lugares: su calificacion literaria, fué tan meritoria y honrosa, que desde entonces, fué visto con respeto y estimacion de sus maestros y condiscípulos. En el segundo año escolar aprovechó todos los conocimientos de la gramática latina de Nebrija, bajo la regencia del Presbítero D. Lorenzo Aureoles, quien lo distinguió con una relacion de méritos, que deberá constar en los archivos de aquel colegio: en ellos se hace memoria de la conducta ejemplar del Sr. Peña y de su aplicacion tan asídua, que es fama hasta el dia, de que en la Sala Madre y en los corredores dejó bien marcada en el pavimento, la huella de sus pasos al hacer la preparacion de sus clases: jamás se le vió bajar al juego de pelota, ni de otras recreaciones; todo su corazon y toda su alma estaba fija en el tesoro de la sabiduría y de la piedad cristiana.

El año de 1822 pudo recibir, en premio de su aplicacion y buen nombre, una beca de oposicion y fué catedrático de latinidad, con tanto acierto y dedicacion que se tuvo como uno de los mas adelantados de su tiempo en el bello idioma de Ciceron y de Virgilio.

Cursó la filosofía con suma aplicacion, y fué un buen matemático, al grado de que sus mejores condiscípulos y amigos admiraban sus talentos. Recordamos, á propósito, que el Sr. Presbítero D. Ignacio Mejia, siendo como era tan circunspecto y tan profundo en las ciencias eclesiásticas, encomiaba en público los talentos del Sr. Peña y le creia el mas aprovechado filósofo y matemático de su tiempo.

Agregado el Seminario de Morelia á la Universidad de México por el Illmo. Sr. Morales, con un feliz éxito recibió el Sr. Peña el grado de Bachiller y pasó á los estudios de la teología Dogmática y Moral en que tambien mereció el aplauso general por su instruccion y aprovechamiento.

Adornado con tantos conocimientos y lleno de virtudes, llegó al año de 1827 en que fué á ser consagrado sacerdote por el Illmo. Sr. Obispo de Puebla de los Angeles.

### III.

Puebla, esa hermosa ciudad de los Angeles, cuna de tantos hombres ilustres, fué la dichosa que vió en uno de sus magníficos templos á nuestro virtuoso Sr. D. José Antonio de la Peña y Navarro, ofrecerse ante el tro-



no del Altísimo, como un don ó fruto escogido entre el pueblo cristiano, para servir de mediador y de ministro en la Santa Iglesia Católica.

Era el mes de Febrero de 1828 cuando el Padre de las Misericordias y Dios de toda consolacion, vino á posarse sobre el nuevo levita, y á darle con sus divinos dones, ese incomparable y sublime carácter que, no obstante la miserable condicion del hombre, permanece en él por el tiempo y la eternidad, le hace distinguirse del comun de los fieles, y como porcion escogida por Jesucristo en su heredad, le sella eternamente, y con esta corona inmarcesible, le confia el cetro, cuya potestad dá la facultad de abrir y cerrar las puertas del cielo.

Esta mision y dignidad sacerdotal, éste carácter indeleble y santo, éste nuevo estado, tan terrible por su objeto, como respetable por las eminentes virtudes de ciencia y de piedad, fué para el Sr. Peña el blanco á donde dirigió sus deseos desde que la mano de Dios, estendida sobre su corazon y entendimiento, le guió al Seminario de Morelia, y de ahí al altar en donde hizo sus votos en manos del Illmo. Sr. Obispo de Puebla Dr. D. Antonio Joaquin Perez Martinez.

El alto respeto y aprecio en que el Sr. Peña mantenía la dignidad sacerdotal, no era mas que el resultado de aquel tesoro de ciencia que por espacio de nueve años habia reunido en su alma cuidadosa y vigilante, para conservar el santo temor de Dios. Ademas, bien sabido es, que á una buena enseñanza debe juntarse el buen ejemplo de los maestros y superiores, para recoger ópimos frutos: *cual es el árbol, tal es el fruto.* Por lo mismo, ¿cuán-

tas virtudes bien cultivadas se atesorarían en el noble corazon del Illmo. Sr. Peña, teniendo por modelo á tantos varones ilustres, como lo fueron los Illmos. Sres. Obispos de Puebla y de Sonora, de Oaxaca y de Michoacan? Ya no nos admiramos del celo ardiente que siempre desplegó en el Seminario para inculcar en la juventud los sanos preceptos de una elocuencia cristiana, y de una literatura, no solo hermosa por el arte, sino bellísima por sus principios, que fundados en la religion, hicieron resplandecer tantos talentos en la tribuna popular y en la Cátedra del Evangelio. Ya no nos sorprende ese amor á la filosofía que mantuvo constantemente para que los alumnos del Seminario se dedicaran á ella y obtuvieran el premio de sus afanes, recibiendo los laureles que Minerva coloca en las sienes de la juventud estudiosa. Ya, en fin, hemos venido á comprender que, ademas de las gracias con que Dios dotó á este insigne sacerdote para conseguir un gran fondo de doctrina, el ejemplo que recibió, tanto del Illmo. Sr. Morales, su principal benefactor en el colegio de Michoacan, como del Illmo. Sr. Obispo de Puebla, suministrándole los sagrados órdenes hasta el Presbiterado, contribuyó en gran manera á la formacion del mas timorato, honrado, juicioso y sábio ministro, que llegó por sus virtudes á ocupar un lugar prominente en la Iglesia.

En efecto, véanse los anales del Seminario de Michoacan, y en ellos se encontrarán las relaciones mas honrosas de los méritos del Sr. Peña, quien ademas de haber enseñado la gramática latina con un éxito brillante, abrió en el espacio de seis años, dos cursos de filosofía;



y concluidos estos, fué catedrático de Teología Dogmática y Moral.

Hay una tradicion que mas enaltece la carrera literaria de este señor: se refiere que teniendo un justo y merecido aprecio á las superiores disposiciones del Illmo. Sr. Morales, se le ordenó por este Prelado, se opusiera á la cátedra de Teología que se iba á proveer; cumplió los deseos de su superior y los llenó satisfactoriamente, entregándose á un asiduo estudio de las materias del examen; hizo en una sola noche un bellissimo discurso latino, que por su construccion y elocuencia, llamó justamente la atencion de los hombres mas ilustrados de su tiempo. En consecuencia: obtuvo la cátedra mencionada y la desempeñó con aplauso general.

La Diócesis de Michoacan se veia en grande conflicto, porque la mies era abundante en el campo del Señor, y los operarios eran pocos. Era indispensable abrir un concurso para que las parroquias tuvieran ministros dignos y pastores celosos que restablecieran el orden en los pueblos desmoralizados por la revolucion, que en 1833 avanzaba con sus principios anticatólicos.

El colegio Seminario era regido entonces, por el Sr. Presbítero Lic. D. Mariano Rivas, sugeto de grande mérito por su saber y virtud; atendiendo el señor rector á las eminentes cualidades del Sr. Peña para desempeñar cualquier curato, le instó con teson y prudencia para que se presentara al concurso. El resultado fué satisfactorio, pues se le dió en propiedad el curato de San Francisco Angamacutiro.

Colocado el Sr. Peña en una esfera mas elevada de la que tenia en el colegio, se le vió

como un ángel de caridad, desplegando sus alas para remontarse á la altura de su santa mision. Si diéramos una idea exacta de este nuevo cura de almas, seria necesario ir en el campo de su preciosa vida, como el colibrí, de rosa en rosa y de flor en flor, probando el néctar delicioso: la mision y las obligaciones de un buen pastor, son como las rosas cubiertas de espinas, y como las mas delicadas y preciosas flores que adornan los jardines; unas veces hieren y sangran la mano que las toca, pero se persive, se aspira y se obtiene el aroma y su valor; otras se toma y se destila de ellas la miel mas dulce, y el aceite esencial viene á ser el bálsamo que cura nuestras heridas. Así tambien, el sacerdote, al derramar sus consuelos como padre amoroso, enjuga las lágrimas de sus hijos que sufren; al corregir los vicios del malvado, la mirra se derrama en el corazon apegado á los placeres; y como juez severo, se atrae la maledicencia del criminal; al hacer que su voz instructiva en las máximas divinas resuene en los palacios y en las chozas, en las plazas tumultuosas y en los campos desiertos, para unos hombres es una felicidad, porque la ceguera desaparece como por encanto; para otros, es una sedicion, porque los pueblos reconocen sus derechos: en fin, el párroco como médico, es la vida de muchos; y como sacerdote de Jesucristo, es la ruina de los hijos de las tinieblas. Hé aquí, por qué el Sr. Peña en su vida de sacerdote católico, se vió unas veces ensalzado por los buenos, y otras deprimido por los impíos.

Mas, sigamos nuestra narracion. Siendo este señor, cura de Angamacutiro, sus prendas y cualidades como michoacano, le hicieron merecer la confianza de sus conciudadanos y le



eligieron diputado por aquel Distrito á la Junta Departamental de Michoacan. Por demas está que entremos al palacio de aquella respetable asamblea, en la que brillaron los mas preclaros talentos del Estado, y las mas nobles virtudes cívicas, que adornar pueden á los hombres que todo lo quieren para la Pátria. ¡Aquellos hombres eran honrados!

La Santa Iglesia de Michoacan dejaba el negro crespon que le cubria por tantos años. Nuestro Santísimo Padre Gregorio XVI, de eterna memoria, queriendo dar á México un testimonio de su paternal solitud, y haciendo á un lado los respetos humanos, de *motu proprio*, pide á los Cabildos Eclesiásticos y al Gobierno de la República, la *terna*, para proveer las Iglesias Catedrales de Obispos; y toca, por la misericordia de Dios, á Michoacan, un Santo Pastor, un sábio Prelado, un Obispo de oro, el Illmo. Sr. Dr. D. Juan Cayetano Portugal. Entonces, se abren otros concursos para llenar las vacantes, y presentado el Sr. Peña por instancias que le hicieron sus superiores, obtuvo el curato de Jacona y lo sirvió hasta el año de 1840, en que pasó á recibir en propiedad el de la villa de Dolores Hidalgo. Fresca está su memoria en dichas parroquias. Trazar un cuadro, para ver en él al Sr. Cura D. José Antonio de la Peña y Navarro desempeñando sus deberes en los tres curatos mencionados, seria para nosotros una obra de grande magnitud que, siendo por su naturaleza de difícil ejecucion, nos pondria en la evidencia, acusando nuestra torpeza é ignorancia en un arte tan difícil en la literatura, cual es la de los caracteres y retratos.

Lo que dejamos bosquejado en la época interesante de la vida de nuestro ilustre perso-

nage, es para el sacerdote católico, un rasgo que por su significado, debe llamar la atencion, á fin de rehacerse por el ejemplo, y de ser útil á los pueblos que hoy necesitan de curas, no mercenarios que abandonan sus ovejas para que las devore el lobo de la impiedad; sino celosos y dignos sucesores de los apóstoles, que como D. Vasco de Quiroga y D. José Antonio de la Peña han sabido dar su vida por sus ovejas. ¡Dios quiera que los párrocos sucesores del Sr. Peña, lo imiten en su celo y en la santidad de su vida!

#### IV.

El ministerio sacerdotal tiene ciertamente sus amarguras y sus lágrimas; pero tambien ofrece sus dulzuras y alegrías: en él, como en todas las instituciones, hay sus trabajos y sus recompensas, sus espinas y sus flores.

La Iglesia Católica regida constantemente por el Espíritu Divino, tiene ordenadas de tal manera las cosas pertenecientes á la propagacion de la Religion, que en todas ellas reina la armonía y el decoro, y sobre todo, la grandeza y dignidad del culto público que se rinde á Dios como á Supremo Dominador del universo. Los sacerdotes, son semejantes á los operarios y labradores que desempeñan sus comisiones impuestas por el propietario ó el amo de una heredad, el cual pone todo su esmero y cuidado en cultivar los terrenos para recoger ópimos frutos; por esto vemos á los ministros del santuario, unas veces de pueblo en pueblo instruyen-